

1/17342

Leg. 28

SOBRE LA INDEPENDENCIA

DE LA

ITALIA.

PAP.

REG.

ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

1910

LIBRO DE ACTAS

1 LVI
B-111
17342

DE LA INDEPENDENCIA

DE

LA ITALIA.

FOLLETO

POR TIMON.



Madrid, 1848.

IMPRESA DE D. VICENTE DE LALANA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

INTRODUCCION.



El público ha querido tratarme con su bondad acostumbrada, y como se haya agotado en tres dias la primera edicion de mi folleto sobre la gran cuestion de la independendencia italiana, pídemme el editor una introduccion para la segunda.

Qué os diré de mas? Yo he combatido con firmeza y claridad el error de la *intervencion* que nos domina casi sin advertirlo. Este vivo ataque asombra un poco á las gentes y les aturde, lo sé, teniendo hecho ya de antemano su tema, para el arreglo de los negocios de Italia, de una manera distinta. Creo el mio mejor, y me direis que es porque soy el autor. Es verdad; pero es tambien porque es el único que conviene á la Italia, y que sea posible.

Vuestro folleto, me direis, es enteramente italiano. Ah! Tanto mejor, puesto que le he escrito para la Italia; para su dicha, para su independencia, para su salvacion. Pero he pensado tambien, podeis creerlo, en mis amigos de Francia y en todos los hombres honrados de mi pais, y gracias al cielo, son todavia en gran número, los que quieren y desean, no solamente para la Francia, sino aun para todas las demas naciones, la verdadera independencia, la verdadera libertad y la verdadera civilizacion. De qué serviríamos nosotros, publicistas, si no trabajásemos para el porvenir?

Ya es tiempo, si, ya es tiempo de que se forme, prescindiendo de los partidos y de sus pasiones exclusivas, un gran público que declare y signifique à todos los gobiernos, que se mira à los otros pueblos como hombres del mismo origen, como compañeros de la misma sociedad, como hermanos de la misma familia.

A este gran público, nacido y por nacer, es à quien me dirijo.

22 de enero.

TIMON.

DEDICATORIA.



A MIS AMIGOS DE ITALIA.

Amigos míos, si no teneis partido en nuestro gobierno, lo formaremos entre las hombres honrados de todos los países; prevengamos las armas para la batalla y apresurémonos. Corramos de las orillas del Adriático al Mediterráneo, y de Ferrara á Chamberì; corramos y defendamos la frontera italiana, contra sus mediaciones, sus intervenciones, sus emboscadas, sus soldados y sus embajadores!

Lo sabeis bien, amigos míos, nosotros nos desarmariamos si no nos pusiésemos siempre del lado de la justicia, y de parte de los oprimidos, contra sus tiranos!

PROLOGO.

Qué grande y curioso espectáculo es el despertar de la Italia!

Dormia, sí, pero con un sueño agitado, como duermen las naciones esclavas.

Dos movimientos, sin embargo, la trabajaban en sentido contrario, un movimiento de reyes, y un movimiento de pueblos.

El Rey de Nápoles se hubiera dado por satisfecho con Benevento, ó con menos aun; el gran duque de Toscana codiciaba á Luca; el rey del Piemonte hubiera devuelto su saludo con gusto al que le acatase como á Rey de Italia. Parma y Módena jiraban como satélites, en su órbita alemana; el Emperador de Austria meditaba apo-

derarse de Ferrara, adelantarse mas lejos, ir á encerrar á Roma en Roma misma. El anciano Gregorio no estaba por las invasiones; esto no era conforme á sus gustos, ni á su edad, ni á sus designios; resistia á los progresos del siglo, y sentia, con las congregaciones, los monges y la córte papal, que las gastadas máximas de su gobierno iban á perecer, que la Iglesia se secularizaba, y que el poder temporal escapaba á la teocracia.

Por otro lado, los carbonarios habian comprendido que no tenian nada que hacer, ni sin el Papa, ni con utopias locas, venganzas terribles é insurrecciones parciales; ellos sembraron en todos los corazones, con una habilidad infinita, el deseo de la independendencia; no hablaron al pueblo de la libertad, que no ofrecia mas que para su uso, sino que juraron en nombre de la nacionalidad; hicieron de los pueblos, diversos en origen, en clima, en intereses, en gobierno, una sola, una patria comun, la patria de todos, la gran patria italiana. Esto conmovia á la vez las fibras y la inteligencia de un pueblo sensible y maravillosamente dotado por la naturaleza de las mas bellas cualidades del hombre y del ciudadano.

La Italia estaba en la indecible ansiedad de su restauracion; veia que iba á ser libre, pero sin saber como, Gregorio murió.

Se ha dicho que el entronizamiento de Pio IX

habia sido un golpe de la Providencia. Pero hay siempre menos intervencion de esta especie de lo que se imagina, en la série de los acontecimientos humanos. Nosotros somos modificados, sin saberlo, por el centro en que vivimos; y el Sacro Colegio, eligiendo á Mastai, subió al imperio secreto é irresistible de las nuevas ideas... El hombre de las circunstancias se hallaba bajo su mano, le aclamaron, é hicieron bien.

Los teócratas, cuando son acosados, obran por instinto, como los pueblos. Con poco mas de tiempo y reflexion, no hubieran por cierto nombrado á Mastai; pero estaba hecho.

El mismo, aunque liberal, como todos los hombres que tengan mediana inteligencia, no subia al trono de San Pedro con las ideas bien fijas. Escucha su corazon, uno de los mejores corazones de los hombres que habitan la tierra, y concede la amnistia, de motu proprio, á los sentenciados políticos. El liberalismo reconocido entona alabanzas al Pontífice; la teocracia retrógrada se conmueve, se pone en expectativa, murmura, y hasta conspira.

Pero los hombres inteligentes que seguian todas las fases del nuevo reinado, del que presentian el espíritu y los hechos, y que en Roma, en Bolonia, en Pisa, en Livorna, en Turin, en Florencia, dirijian los movimientos del pueblo, ro-

deaban al Papa con su fuerza y con sus aclamaciones.

Honor á esos viejos y jóvenes patriotas, á esos hombres de consejo y de acción! A los que han previsto lo futuro, y han tenido valor y virtud; á los que han conocido su pueblo, y comprendido su tiempo: porque ellos han merecido bien de la patria!

El Papa habia empujado la rueda del carro que, en su descenso hasta el pie de la montaña no debia detenerse ya. Y en efecto, ha seguido su camino con rapidez, y el asombro del mundo fué grande al ver una cosa á la cual no estaba acostumbrado, á la cual no estaba preparado, la que no esperaba, un Papa liberal.

Sin duda, si no han faltado á Pio IX generosos instintos para entrar en esta senda, tampoco le ha faltado una mediana energia de voluntad para detenerse; pero su fuerza, ya se ha dicho, dimana aun menos del espíritu, que del corazón. Pio IX no se parece á tantos otros soberanos; Pio IX es sincero.

Sin embargo, no le faltaban solamente buenas intenciones; le faltaban tambien, en su aislamiento, buenas instituciones; los hombres cometen errores, cambian, mueren, hacen traicion á sus principios; las instituciones son los centinelas mas seguros y mas fieles; las

instituciones son nuestros mejores amigos.

La prensa produce la fuerza moral de Pio IX; la guardia cívica se forma casi espontáneamente, y constituye su fuerza material.

La prensa romana tenia tres deberes que cumplir: proteger al Papa contra las emboscadas de sus enemigos, sostener la causa de la independencia italiana, estudiar y proponer las reformas interiores del gobierno y de la administracion.

La Guardia Cívica tenia que vigilar en la seguridad personal del Papa, en la policia de las ciudades y de los campos, en la defensa del territorio contra el extranjero.

Porque el extranjero acababa de invadir á Ferrara; á esta noticia, un estremecimiento eléctrico de indignacion se comunicó á todos los corazones; desde el Tiber hasta el Arno, y desde el Arno hasta la ribera de Génova.

En este momento crítico, los liberales de Italia sintieron mas que nunca la necesidad de agruparse; no se trataba ya de dividirse sobre las teorías, como se estaba cerca de hacerlo; que cada partido se aviniera ó disputase mas tarde con los otros partidos; que cada príncipe discutiera ulteriormente con cada pueblo las condiciones de su gobierno interior; sino que ante todo, partido y partido, príncipes y pueblos, tenían un interés comun, urgente, igual, unánime, in-

divisible, en defender su nacionalidad contra los extranjeros, y que, como cada una de estas nacionalidades era demasiado pequeña en sí, y demasiado débil, debían abrazarse fraternalmente, multiplicar sus fuerzas por su unión, redoblar su valor por su entusiasmo, y no arrojar juntos y todos á una voz, mas que este grito: Italia! Italia!

Los italianos de todos los países, los italianos de Nápoles y los italianos de Roma, y los de Turin y los de Florencia, y la Europa y el mundo, todos deben hacer oír este grito de salvacion, y repetirlo dia y noche incesantemente, hasta que la cuestion de las independencias nacionales se resuelva, porque no lo está.

No lo está, y es preciso que lo esté; de hecho como derecho; contra las prevenciones injustas, las falsas ideas, y las máximas anti-cristianas de las grandes potencias de la Europa y de la mayor parte de sus súbditos.

Porque es la causa de las Italías, de la España, de Portugal, de la Holanda, de la Suiza, de la Baviera y de los otros estados secundarios, la que defendemos. Que los hombres honrados de todos los países vengan en nuestro auxilio!

Es nuestra causa tambien la que sostenemos, la buena y liberal causa francesa; porque hoy to-

das las naciones libres son hermanas, como todas las libertades independientes.

Si todos los pueblos de la península llegan á establecer y hacen reconocer su completa independencia, el depotismo es vencido en todos los campos de batalla, y no hay mas guerra en Europa.

La cuestion italiana se reduce á estos términos; disposiciones hostiles de las grandes potestades, por lo que hace á la Italia nueva y regenerada; establecimiento, de hecho y de derecho, del principio de las nacionalidades; reconocimiento prévio y deslinde, si este tiene lugar, tanto federal como internacional, de cada territorio; constitucion de una línea defensiva entre los diversos Estados de la península; declaracion á la Europa de las intenciones pacíficas de la liga; separacion de toda intervencion directa ó indirecta, y, en caso de ataque armado, guerra á muerte.

Cuando un pueblo se revoluciona, se regenera, se reforma; como tengan semejanza todas estas palabras y todas estas cosas, hay siempre en suspenso dos cuestiones de las que vienen á pender las otras; la cuestion de independencia en el exterior, y la cuestion de libertad en el interior. Una de estas cuestiones pasa necesariamente á la otra. A cuál? A la cuestion de independencia, porque es preciso saber si existirá, antes de saber cómo existirá.

Tratándose hoy de la tésis de las nacionalidades italianas, fundada sobre su independencia propia y sobre la no intervencion de otras, comenzamos por lo que es natural y lógico empezar, por el principio.

SOBRE LA INDEPENDENCIA

DE LA

ITALIA.



La Europa está dividida en diversos Estados, los unos grandes, los otros medianos, los otros pequeños.

No se trata aquí de saber si esta division es mas ó menos racional. Por otra parte, si uno de estos Estados dice al otro: ¿estais situado en cuadrilongo? Este puede responderle: y vos, ¿por qué estais cortado en rombo? Pero rombo, prolongado ó circular, ¿qué importa? Cada uno existe como le agrada existir, y no tiene otra razon que dar. Es igualmente inútil disputar sobre la legitimidad de las posesiones. Los grandes y los pequeños Estados, no son mas usurpadores ó mas legitimos los unos que los otros. Un

grande Estado , es un pueblo ; un pequeño Estado es un pueblo. ¿Es acaso que todo pueblo, cualquiera que sea , no se pertenezcá? ¿Qué derecho tiene su vecino para decirle : quiero que tomeis tal nombre , que tengais tal forma , que hagais esto ó aquello? ¿A qué os mezclais en esto?

Es preciso partir de un punto. Cada Estado de Europa , tiene hoy su nacionalidad distinta. La república de S. Marino , que no cuenta mas que 7000 almas , es tan respetable , sin embargo , como el poderoso y colosal imperio de Rusia , que tiene 60 millones , y si invadis S. Marino , sois tan culpable y tan digno de castigo , á los ojos de Dios y de los hombres , como si , sin provocacion , fueseis á sitiar á Viena ó San Petersburgo. En todas partes el derecho es el derecho. El derecho reside sobre la débil cabeza de un micó , lo mismo que sobre la cabeza viril de un hombre.

Dónde está el acta registrada , timbrada y aprobada para que sea válida , que haya instituido á la Francia , la Rusia , el Austria , la Prusia y la Inglaterra , los grandes justicieros de los pequeños estados , y que no se contenten con ejercer las unas entre las otras , los talentos de alta y baja política que han recibido de la divina Providencia? Es tambien la divina Providencia , la que ha hecho para ellas , de la fuerza un derecho , del gusto una soberania , del capricho una ley , de la violencia un honor , de la usurpacion un título , de la intimidacion una razon , de la justicia una burla , de la religion una máscara , del pueblo un esclavo , y del débil una víctima? Yo me alegraria que los grandes gobiernos , como ellos se

denominan, nos viniesen á decir lo que piensan.

En todo caso, estaria menos perplejo que ellos sentando los axiomas siguientes:

La reunion de un Estado á otro Estado no puede efectuarse regularmente mas que por el libre y solemne consentimiento de los habitantes del Estado agregado.

Toda agregacion que se haga por la conquista, lo mismo que por los tratados de los gobiernos entre ellos, sin el consentimiento prévio de los pueblos; se hace contra el derecho y es nulo de suyo.

Ningun principe de si propio, ninguna legislatura, á menos que no sea elegida *ad hoc* por toda la nacion, podrá hacer valedero, firme y estable tal pacto.

Igualmente, no pertenece mas que á los ciudadanos de cada Estado hacer, segun su interés y voluntad, cambios en su constitucion, en su gobierno, en sus leyes. Los otros Estados no tienen nada que ver, absolutamente nada, con tal que á su vez se les deje tratar interiormente y entre ellos, de la manera que lo comprendan.

Todo para sí y cada uno en su casa, máxima detestable.

La verdad es esta: *Cada uno en su casa y todo para los otros*.

El derecho omnipotente y sagrado de *cada uno en su casa*, protesta eternamente contra toda intervencion de otro.

Las mediaciones forzadas no pueden tener lugar ni antes ni mientras, ni despues de las revoluciones.

Si ellas se ejercen por un pequeño poder, no son mas que una irrision; por un gran poder,

una tiranía; por muchos grandes poderes, una tiranía colectiva.

Lo que no debe hacerse á uno, no debe hacerse á muchos.

Si la revolucion ó la reforma se efectua en el interior del Estado, por cambio de persona, de forma ó de instituciones, sin producir alteracion en vuestras personas, en vuestras formas ó en vuestras instituciones, qué teneis que decir?

Si la revolucion ó la reforma del Estado vecino, es de naturaleza á modificar el carácter y las condiciones de existencia de vuestro gobierno, este tiene que sufrir voluntariamente el contagio de esta pestilencia, ó levantar entre ella y vosotros una muralla de la China.

Qué vale mas, permitir en su pais una intervencion ó perecer?—Qué vale mas?—Perecer.

En otros términos, qué vale mas, no ser independiente ó no existir?—Qué vale mas?—No existir.

Querreis decirme, hombres de las cinco grandes potencias, qué entendeis por sostener vuestro honor nacional, recuperar vuestro rango, mantener vuestro rango, ensalzar vuestro rango, ejercer vuestra preponderancia en Europa? Cuál es vuestro honor y por qué le llamais nacional? Cuál es vuestro rango, y en qué es mas grande una nacion que cuenta cuarenta millones de habitantes, que otra que no tiene mas que tres, sino es porque tengatrein y siete millones de mas, y que por consecuencia, establece sobre la otra la superioridad del guarismo? Es esta la buena razon moral que nos dais? ¿Cuál es esta, mas que vuestra pretendida preponderancia ejercida en Europa? Es muy vago, decir: la Europa! porque

hay una grande y una pequeña Europa, y no es probablemente sobre la grande Europa, que no lo sufriria, donde pretendiese ejercer vuestra preponderancia? Es pues sobre la pequeña Europa? Como la comprendéis? Es la preponderancia de vuestras armas? Entonces esto no es mas que una brutalidad; y no os avergonzais de recurrir á ellas, y aun siquiera de hablar? Es acaso la preponderancia de vuestros consejos? Pero quien os concede el derecho de darlos, y por qué no permitis que se haga en vuestro pais, lo que vais á hacer en otros? Seamos pues francos; que se nos explique, que se nos diga de buena fè para todos, lo que significan esas grandes palabras!...

Aun otra razon.

Si ninguna nacion ó particular de otro pais, puede romper violentamente la línea de las aduanas, ninguno, ya sea particular ó gobierno de otro pais, puede romper violentamente la barrera de las nacionalidades!

Preguntar si el Austria no tiene interés y derecho por consecuencia, á poner travas á la libertad de imprenta en Roma, en Turin, en Florencia, en Nápoles, porque Venecia y Milan están bajo el dominio de la censura, es preguntar si la Prusia despótica, no hubiera tenido interes, y por consecuencia derecho, á intervenir en Francia, en union con la Rusia legitimista, para ahogar en su nacimiento la revolucion de Julio!

Preguntar si las grandes potencias pueden entenderse entre si, para ofrecer individual ó colectivamente su mediacion oficiosa ó armada entre un rey y sus súbditos, ó entre los Estados confederados, bajo los mismos vínculos, es preguntar, hablemos sin rebozo, si la fuerza es la

justicia, si los cañones son argumentos, si los embajadores son jueces, si el hecho es el derecho, y si los pequeños pueblos, por la voluntad de Dios y por la virtud de su soberanía, no se pertenecen á sí mismos, ó no son mas que viles aduladores que rodean á un favorito!

Preguntar si Nápoles, el Piamonte, Roma y la Toscana pueden aliarse, en el interés de la defensa comun, sin el permiso de las grandes potencias, es preguntar si la Francia puede aliarse con la Inglaterra sin el permiso del Austria y de la Rusia, y si la Rusia puede unirse al Austria sin el permiso de la Francia y de la Inglaterra.

Suponed que el establecimiento de la libertad de la prensa en un pais amenaza la censura del pais vecino; suponed que la inauguracion del principio de la soberanía del pueblo trastorna implícitamente el principio de la legitimidad personal.

El pequeño Estado conservador puede, bajo pretesto de defenderos contra el principio de la libertad de imprenta y de la soberanía del pueblo, intervenir en el grande estado revolucionario? No. Por qué pues entonces el gran Estado conservador habrá de intervenir en el pequeño estado revolucionario?

Los estados de Italia, por una dichosa excepcion, parecen llamados á recibir mas particularmente la aplicacion de estas sabias y vigorosas máximas.

No estan ellos encerrados en la Europa; antes bien es el Austria quien se ha internado en sus límites, quien ha introducido violentamente su cuña en la Italia para separar las tablas.

Tomemos á Roma por ejemplo, porque este es el punto de mira de la intervencion Europea, el lugar acalorado de la disputa, la cita de todos los embajadores.

Por qué punto toca Roma á la Prusia? Por ninguno.

Por qué punto á la España y al Portugal? Por ninguno.

Por qué punto á la Rusia? Por ninguno.

Que tienen de comun, con efecto, los Romanos y los Slavos, y de dónde saca la Rusia el derecho que se abroga de hablar á los Italianos con ese magisterio?

Es acaso por la brillante antigüedad de su raza? Pero sin hablar de Roma, que oscurece todos los demas pueblos por la magestad de sus recuerdos, Venecia, Génova, Florencia, tienen muchos en la historia, anteriores y superiores á la Rusia.

Es acaso por los servicios que la Rusia ha hecho por la causa de la humanidad? No. Por sus leyes? No. Por su gobierno? No. Por su idioma? No. Por su marina? No. Por sus monumentos? No. Por su agricultura? No. Por su comercio? No. Por sus invenciones y sus descubrimientos? No. Por sus ciencias? No. Por sus sabios? No. Por sus artistas? No. Por sus jurisconsultos, sus economistas, sus publicistas y sus filósofos? No. Por sus grandes hombres de estado? No.

Pero convengamos en que la Rusia puede poner en linea de batalla seiscientos mil soldados, y puede decir y dice: He aqui mi derecho!

Queda por saber si este derecho, es el que se llama derecho, y si no es del mismo género, poco mas ó menos, que el de diez salteadores

que cayeran sobre un solo hombre, para saquearle á la estremidad de un bosque.

Pasemos al Austria.

Se queja uno de la intervencion del Austria. Ni niego su derecho, ni puedo negar su interés en la cuestion de Italia. Que guarnezca esta sus fronteras con cañones ó con libros; con los míos por ejemplo, atestados de ideas liberales, para ella es lo mismo. Ideas ó pólvora, la esplosion es la misma. Bien que, si el Papa marchára contra el Austria con sus soldados; los soldados del Papa! no haria mas que reirse. Pero no se rie del todo cuando el Papa marcha sobre ella con las banderas desplegadas de la libertad. La mar, un rio, un lago, una montaña, una fortaleza detienen, amortiguan ó rechazan la bala de los cañones, pero las ideas pasan por encima de los mares, las fortalezas y las montañas. La idea de la guardia nacional, nacida en Roma de grado ó por fuerza, se ha extendido sobre Florencia, Pisa, Livorne, Turin, Nápoles, Bolonia y Luca, y las ha comunicado su fuego.

Una vez que la idea sube á su cima, es preciso que tome impulso, y no está en poder del hombre que la ha concebido, detenerla ó precipitarla.

A la verdad, el Austria no tiene ya que temer el contagio de las ideas liberales para sus Estados hereditarios, tanto de parte de Roma, como de parte de Francia. Mas para sus posesiones de Venecia y del Milanesado, es diferente. Venecia y Milan no son austriacas mas que de nombre, no de corazon. Venecia y Milan son italianas. Roma y Florencia son italianas. Todas las cosas idénticas se asimilan.

Si el Austria tuviese perspicacia! Pero está ciega! Si me escuchase! Pero ella no me escuchará! Si se estudiase, si se comprendiese á sí misma; pero ella no se estudia ni se comprende! En lugar de romper la oleada, la desvia. Y seguiria en sus Estados de Italia el movimiento progresivo de los otros Estados.

Los pueblos tienen nacionalidades distintas que no se definen muy facilmente algunas veces; pero que se comprenden, que se aproximan por atraccion, y que se confunden por afinidad. Todo acá en la tierra, y todas ellas tienden forzosamente á la unidad de la raza italiana. Hay, con efecto, leyes naturales, y que no conocemos, que gobiernan las cosas morales, como hay tambien otras leyes naturales, y que conocemos, en parte al menos, y que gobiernan las cosas físicas.

Esta ley desconocida rigió entre otras la España, la Inglaterra, la Francia, la Italia.

Asi la España ha tenido sus reinos de Granada, de Castilla, de Leon, de Navarra; la Inglaterra sus principados; la Francia sus ducados de Aquitania, de Bretaña, de Borgoña, de Normandía, que eran otros tantos pequeños reinos.

Los diversos reinos de España, de Inglaterra y de Francia se han fundido en uno solo, por diferentes medios; esto importa poco. Han obedecido, sin saberlo, á la ley natural que les impulsaba. Que se ensaye el dividir en trozos de reinos y de ducados la Inglaterra, la Francia, la España, y volverian á unirse forzosamente para no ser mas que un solo y mismo cuerpo.

Esto no es enteramente igual para la Italia. Estrechada en sus flancos por el Adriático y por

el Mediterráneo, se alarga y no presenta este firme y compacto tegido, este imperio homogéneo, estas partes naturalmente unidas de la Francia, de la España y de la Inglaterra.

La Italia, por otra parte, perderia en la reunion de sus Estados bajo una sola ley, bajo un solo gobierno, bajo un solo gefe. Y perderia la originalidad de su fisonomia, la gracia de sus costumbres, la vivacidad de sus movimientos, la brillante fecundidad de su historia, la riqueza y la variedad de sus aspectos intelectuales y artísticos, la magestad de sus antepasados y el culto heróico de sus recuerdos. La Italia no quiere esta unidad; la Italia no tiene necesidad de ella, la Italia será lo que es, diversa sin dejar de ser una; Sarda, Romana, Florentina, Napolitana no solo por el nacimiento, sino por el idioma, por la religion, por el genio, por las simpatias, por las antipatias, por el corazon, por la voluntad de pertenecerse y de estar eternamente unida; Italiana, siempre Italiana!

Si la Italia tiene ideas y el Austria no, á esta corresponde procurárselas.

Si la Italia no vá al Austria, ¿por qué ha de ir el Austria á Italia?

Si el Austria quiere batir á cañonazos las instituciones liberales de la Italia, ¿por qué no hace un desembarco en Plymouth para ir tambien á combatir las instituciones liberales de la Inglaterra?

Si ha ocupado á Ferrara, ¿por qué no ha ocupado tambien á Strasburgo?

Porque en Plymouth la Inglaterra le arrojaría á la mar; y porque en Strasburgo la Francia la rechazaria en los fosos de sus baluartes.

Cobardes con los fuertes, insolentes con los débiles; así son, así serán, así obran y han obrado siempre todos los grandes gobiernos de Europa.

Se dice que el Austria ha querido conservarse por la usurpacion de Ferrara, una cabeza de puente: ¿sobre quién? ¿sobre Roma? Pero Roma no está, ni puede estar jamás en guerra con el Austria. Roma no es ni puede ser una potencia ofensiva.

Buscad, pues, otra razon.

Roma no pide mas que tratar con vosotros bajo el pié de una perfecta igualdad.—Si fueseis atacados por sus cañones, oponedles vuestros cañones; si fueseis atacados por sus ideas, oponedles vuestras ideas si las teneis, y si no, hacedos con ellas.

Decis que hallais bueno el despotismo. ¡Singular idea! Pues bien: Italia se halla mejor con la libertad! Cada uno tiene su gusto.

Pero decis que temeis para Venecia y Milan, el contagio moral y pestilente de Roma, de Florencia y de Turin.—Entonces, cercad á Venecia y Milan con el cordon sanitario de vuestra censura.—¿Pero las ideas volarán por encima de vuestro cordon!—Qué responder á esto, si es con efecto demasiado cierto, que volarán por encima, como decís, aunque no encontramos medio de impedirlo. ¿Arrojaréis la idea en el aire, ó la cogereis por sus alas? Ya arrojada, cogedla si podeis!

Cómo! porque estais mal constituidos, culpais á todo el mundo, á Turin, Livorna, Génova, Luca, Florencia, Roma, y aun hasta Nápoles! ¿Cuál es su falta? ¿Se ha visto nunca á un

hombre contrahecho vituperar à otro bien formado, el disgusto que tenia de ser jorobado?

Confesaré con vosotros, para daros gusto, que es bastante difícil impedir á gentes, que tienen la misma lengua, el mismo pais, la misma religion, los mismos nombres, los mismos gustos, inclinaciones y costumbres, la misma historia, las mismas desgracias y la misma gloria, el que no se amen un poco los unos á los otros, el que no se miren los unos sonriendo, los otros llorando, y el que no se tiendan la mano, diciendo: ¡hermano mio! Si, confesaré con vosotros, y para agradaros, que es ciertamente muy difícil impedirlo. Mas si es asi, ¿por qué lo impedís?

Si el Austria quiere intervenir en contra, la Inglaterra dirá que interviene en pro, y que esto es muy diferente, como si en pro ó en contra no fuera siempre intervenir!

La Inglaterra sabe lo que se hace. Como su territorio es la propiedad de los señores, como su popularidad aumenta, y como es una isla, ha precipitado á su pueblo en los abismos sin fondo de la industria. Ella es el fabricante y el mercader del universo. Sus fortalezas encubren sus manufacturas, y los cañones sus telas; es preciso consumidores á todo precio.

Ella no tiene miedo de los paises de ideas liberales, no seguramente porque las desee, ni las prefiere á otras, esto la es indiferente; pero en este sentido, y mientras que la libertad de los pueblos y el depotismo de los príncipes están en lucha, su industria aprovecha lo que estos pierden; y si mas tarde la libertad, en union con el órden, comienza á dejar respirar á los pueblos,

sabrá muy bien la Inglaterra encontrar cualquier pretendiente, y Dios sabe si la faltan, para echarle en la costa, turbar el pais y paralizar los renacientes negocios. La Inglaterra no ha representado nunca, ni puede representar otro papel. Esta es la ley perpleja y fatal de su situacion. Ella hace rodar á sus pies la bala de la industria. Todo vapor que arroje por su tubo torrentes de humo, toda locomotiva que vuelva sobre sus líneas, toda fábrica de hierro, de acero, de cobre, de algodón, de cáñamo, de lana, de seda que se establezca, toda tela que se teja ó se estampe, todo mercado nacional de donde sean escludidos sus productos, todo barco mercante que se fleta, toda factoria que se establezca á orillas de la mar, toda flota que vigile el contrabando de las costas, todas estas cosas son para la Gran Bretaña otras tantas ofensas, otras tantas declaraciones de guerra.

Cuales son hoy los designios de su política!

No es Ancona lo que ahora codicia, y no quiere procurarse un punto sobre el Adriático? Sin embargo, hace tiempo que gira al rededor, y el deseo de tomarla, le faltan menos que la ocasion. Quiere intrigar en Sicilia, ó repartir fusiles en Calabria, para tener estrechado el reino de Nápoles? Veamos y abreviemos! Que la guerra civil estalla, que sus flotas desembarcan, que sus cañones disparan hácia la costa, que Nápoles se desmembra, y que se da á la Inglaterra un puerto en Sicilia, el que quiera, los otros vendrán despues, y esto no es difícil!

Por el momento, la Inglaterra se muestra favorable á este papismo tan odiado y despreciado. Su interés comercial, el unico que la preo-

cupa, está empeñado en la lucha victoriosa de la libertad. Porque si la industria nacional llegase, desarrollándose en la Península, à formar una concurrencia temible para la Inglaterra; como por otra parte, la poblacion aumentaria, y con la poblacion crecen las necesidades de comodidad y de lujo, la Inglaterra encontraria una abundante compensacion sobre el mercado de los productos, por la escelencia y bajo precio de los suyos.

La Inglaterra, que no se mueve nunca, sin llevar à su lado su anteojo de larga vista, ha descubierto todo esto, desde lo alto de su isla.

Hoy hace la corte à Roma, por medio de sus oradores, sus ministros, su prensa y sus embajadores.

Los hombres políticos dan por primera razon la pacificacion esperada de la Irlanda à la voz persuasiva del Papa; por segunda razon, la ocupacion eventual de un puerto sobre el Adriático; y por tercera, no tanto el amor de la Inglaterra para Roma, como su odio contra la Francia.

Y à propósito de la Francia, diré que en cuanto à la intervencion, nuestra Francia oficial no vale mas, en verdad, que la Inglaterra, y que es tan injusta, tan apasionada, tan ambiciosa, tan invasora, como su eterna rival, aunque menos esperta.

Donde no se den buenos golpes, nuestras simpatias no tienen que hacer. Asi Pio IX no gozaba entre nuestros hombres de Estado, de tribuna, de pluma y de espada, mas que de una mediana estimacion por haber llamado los desterrados políticos, y dado à la Italia el impulso

de su libertad; pero así que se hubo estendido el rumor de que el Papa iba á montar á caballo y marchar contra los austriacos, y que su primer ministro, el cardenal Ferreti, daba la señal de ataque, toda esta Francia se sintió arrebatada de bélico entusiasmo.

He oído, con asombro, en la tribuna de mi país, proponer á un famoso orador la toma de Smirna al Gran Turco, para consolarle de la pérdida de Beyruth, de que los ingleses acababan de apoderarse. Así como, cuando el Papa se quejaba de que los austriacos le quitaban á Ferrara, los ingleses se ofrecían á tomarle á Ancona y los franceses á Civita-Vecchia; lo mismo que si después de que un ladrón me hubiera robado el reloj, viniera otro ladrón, aparentando socorrerme, y me robase el pañuelo.

Grandes publicistas de Austria, de Inglaterra y de Navarra, escusadme, yo no puedo absolutamente seguirós sobre vuestro terreno; yo no tengo vuestra fuerza, ni suficiente destreza.

Y si mis amigos de Italia rehusasen creer en la posibilidad de una intervencion europea en sus negocios interiores, diciendo que es el desvario de una imaginacion enferma, permitid que os advierta, que sin remontarnos al diluvio, la historia de las grandes potencias de la Europa está llena de estas intervenciones. Qué iba á hacer, os pregunto, Napoleon en España, porque Carlos el padre, y Fernando el hijo tenían sus disensiones? Estaban en su derecho. Qué iba á hacer tambien en Moscou, porque el Autócrata no queria el bloqueo continental? Este era el derecho de la Rusia. Por qué el Inglés incendia á Copenhague? Porque la Dinamarca no se declaraba con-

tra nosotros tan pronto como quería. Pero este era su derecho. Cuando la Francia, en 1793, decretára la República, porqué Brunswick hizo una irrupcion con sus Prusianos, sobre las llanuras de la Champaña? La Francia podria seguramente entregarse à quien quisiera, ó no entregarse à nadie; este era su derecho. De donde procede que en 1831, un cabo y cuatro soldados rompieran las puertas de Ancona? Estaba el Papa en guerra con la Francia? Nada menos que eso; tenia puertas en su ciudad; este era su derecho; no teneis tambien el vuestro? Decid, despues de todo, que calumniamos á los nuestros, y que la intervencion es una locura!

Creame Roma, rechace con todas sus fuerzas nuestros soldados y bajeles, ya vengan en pro ó en contra! No, Roma territorial ó marítima, no nos teme ni tiene necesidad de nosotros. Querrian tomásemos á Ancona á vista de los ingleses, ó á Civita-Vecchia á traicion? Roma haria mejor en perder todas sus posesiones y en reducirse solo á Roma, que pedir, que aceptar en ningun caso la intervencion de la Francia. Un pueblo que no sabe defendeirse á sí mismo, y en caso necesario, que no sabe morir, es un pueblo que no tiene corazon y que no es digno de tener nombre. He aqui, por ejemplo, un hermoso pueblo, los Grecc-bàvaros divididos en tres pelotones, el primero bajo el mando de un sargento inglés, el segundo de un cabo ruso; y el tercero de cualquier Galo. No estaria aqui representada la intervencion en el primer gefe, y no seria de la peor y mas vergonzosa especie? He aqui tambien otro hermoso pais, la España, con la Francia que la tira por el lado izquierdo,

y la Inglaterra que la atrae por el derecho! Si yo fuera español, preferia mejor remar en las galeras de Ceuta, que sufrir las torturas y abatimiento de semejante ignominia! Cómo! no les queda bastante sangre en las venas, á esos valientes aragoneses, á esos esforzados valencianos, para arrojar á los ingleses en la mar, y para atravesar con su espada al primer francés que bajára armado del lado de los Pirineos? Hay nada mas insolente y que deba hacer avergonzarnos á Nápoles y á Roma, que ver la flota inglesa surcar hácia el mar de Sicilia, ó á nuestros marinos franceses, sentados al pie de sus calderas de vapor, asestar su anteojo, y bien pronto, quizá, sus cañones, sobre la fortaleza de Civita-Vecchia? Desearia mucho saber lo que dirian nuestros fuertes, si los débiles, si el rey de Nápoles se imagináse enviar su único barco que se estuviese pudriendo en el fango, para ir á observar el puerto de Tolon? En tres andanadas, nosotros sumerjiríamos en el fondo del mar su insolencia y sus cañones.

Pero en qué pasarían el tiempo los grandes gobiernos, y cómo ganarian su dinero, si no intervinieran ó mediasen de una manera ú otra, entre sus pequeños vecinos, entre los mas pequeños sobre todo, por bondad, únicamente por bondad, creedlo.

Qué es sin embargo, un congreso de reyes mediadores, sino una reunion de mercaderes que se venden ó cambian las *pieles de las bestias humanas*?

Qué es un congreso de ministros y embajadores, sino una coleccion de intervencionistas, que en

sus cavernas diplomáticas, disponen de la parte del débil, y se reparten los despojos de los vencidos?

Escuchadles, dicen ellos y los publicistas sucesivamente, que la Europa esta hoy mal constituida. Quién dice esto? Vosotros, que no estais nunca contentos con lo que teneis, y que quereis injustamente prosperar á espensas de vuestros vecinos! Que el Rhin, el Pó, el Ebro, el Danubio ó el Adige, deberian correr por aqui en vez de correr por allá, y que los Alpes y los Pirineos no han sido bien situados por Dios. Eso es, cambiad, señores, las montañas; y por qué no lo haceis tambien de los rios? En fin, que la carta de Europa tiene necesidad de rehacerse. Necesidad! Esto es lo que no nos ocurría; y reacerse, por quién? Por los pueblos, sin duda! No.— Por su gobiernos quizás?—Si.—Y con el consentimiento de los pueblos gobernados ó por gobernar?—No, por los gobiernos solos.—Ah! es decir, que quereis empezar de nuevo el congreso de Viena y volver á echar suertes sobre los mansos carneros? Pues bien, os declaro que los *pueblos carneros*, no lo sufrirán por esta vez, señores míos!

Sé muy bien, amigos míos, que los embajadores de las grandes potencias dirán á todos vuestros príncipes, y os lo repetirán á vosotros mismos, bajo diferentes tonos: ¡Qué locura! qué calumnia! nosotros intervenir! nosotros enturbiar el curso tranquilo de vuestra revolucion! nosotros que la admiramos! que la encontramos tan hermosa! nosotros aniquilaros! nosotros, que somos tan justos y tan apacibles! Vosotros carneros, nosotros corderos, absolutamente, de

la misma familia! Nada de lobos traidores, y todos voraces! Intervenir nosotros! ¿Quién lo piensa, Dios mio, y quién lo quiere? ¿Quién lo piensa, amigos míos? Todos los que no piensan como vosotros! ¿Quién lo quiere? Todos los que no quieren lo que vosotros queréis, con todos los que quieren lo que vosotros no queréis! No os fieis, pues, amigos míos! no os fieis! No os dejéis, *carneros*, como se os llama, dormir en vuestro aprisco, y poned á los perros que os guardan, collares reforzados, buenos collares con puntas de hierro! Dejad morir al Papa, la guerra civil inflamarse entre vosotros, dejad á unos traidores negociaros, y á otros venderos! Dejad vuestros dias sin vigilancia, vuestras noches sin luz, vuestros corazones sin virtud, vuestra indignacion sin eco, y vuestras manos sin armas, y ya vereis, ya vereis si intervendrán ó no!

A la verdad, haciendo un juego de palabras, se os dirá que no se trata aun de intervencion, sino de mediacion.

¿Cómo, pues? ¿Acaso Roma, ó Nápoles, ó Florencia, ó Turin, se han imaginado nunca ofrecer su mediacion entre Luis XVI y la convencion, entre Napoleon y Luis XVIII, entre Carlos X y el pueblo de París? ¿Con qué desden, con qué desprecio no las rechazarían? No faltaba mas que la república de S. Marino mediase tambien con sus siete mil almas y su distrito! Y sin embargo, ¿por qué la Francia, la Inglaterra, el Austria ofrecerían mejor que este formidable S. Marino, su mediacion en Roma, Nápoles, Turin, ó en Florencia, y por qué no habian de seguir la máxima evangélica de no hacer á los otros lo

que no querriamos que se nos hiciese á nosotros mismos?

Sin duda, la mediacion oficiosa es menos salvaje que la intervencion armada, pero es todavia mas insultante.

Dirán al Rey de Cerdeña: comete en tu casa cuantos errores quieras; tanto peor para ti; pero no te unas al Papa para impedir que nosotros obremos!

Harán venir al gran duque de Toscana, y le dirán. No acojas á los pueblos que se entregan á ti. Los pueblos no tienen derecho de entregarse á nadie, ni de romper sus ligaduras sin licencia de sus soberanos. Sabed esto, buen príncipe, y no os movais!

Dirán al Papa, por medio de su nuncio y en casa del Ministro: Santo Padre, os es muy perjudicial permitir obrar libremente á esa guardia cívica que os sostiene y que os ama, porque esto ocasiona comparaciones algo desagradables con la nuestra. Hacedla entrar mas en razon, Santo Padre, y si se enfada, encadenadla ó bien...

Santísimo Padre, es muy perjudicial ademas para vos, veros rodear y festejar por la alegria del pueblo, cuando os presentais como padre cariñoso en medio de la muchedumbre de vuestros romanos, y en consentir que esta gente mal nacida, ilumine por la noche sus ventanas con vasos de colores, sin que el comisario de policia dé órden para ello. No sabemos como podeis pasar sin un comisario de policia que mande á vuestros vasallos apagar sus luces, para que con la oscuridad de una negra noche no se distinga lo que pasa entre nosotros, ó bien,...

En fin, Santo Padre, debemos advertiros, y

os advertimos ahora humildemente, que no debéis permitir á vuestra prensa las grandes libertades que se toma; no se encontraría peor de lo que está seguramente, si conforme á vuestro interés y al suyo, la sujetáseis un poco con el timbre, los depósitos y las multas. Acomodado á este régimen refrigerante, amortiguaria algun tanto sus ardores, y tomaria cierto aire de prensa francesa, ó sino....

A esto podria responder Su Eminencia el nuncio del Papa inmediatamente, y sin incomodarse mas que el otro.

Yo tambien, Sr. Ministro de Francia, vengo de parte del Papa por efecto de su amistad sincera, podeis creerlo, para deciros algunas palabras sobre el mal estado de vuestros asuntos interiores. Voy á comenzar.

El Papa, que tiene aficion á instruirse, desea saber, solo por la analogía del asunto, si vuestro gobierno nacido del tumulto de una revolucion popular, reconoce el principio de la soberanía del pueblo y por consecuencia el sufragio universal; y en el caso de que no hubieseis legitimado aquel hecho, el principio de la soberania y la consecuencia del sufragio, como de esto podrian resultar aquellos obstáculos, el Papa os ofreceria de buena fé para concluir el negocio, su oficiosa mediacion.

Yo estoy tambien encargado por su Santidad de advertir á V. E., que en vuestras cámaras tenéis mas funcionarios de los que debierais, y que en vez de hacer que los diputados estén como en Roma, pagados por las provincias, cometeis el error de dejarlos entregados á sí mismos, para que saquen el mejor partido del curso rápido y

copioso de los sucesos. Añadid, que no podeis imponer á la prensa de las Galias, en razon á que siempre la debeis algun servicio, aunque solo sea el de haberos hecho *Ministro*; no la podeis imponer, repito, ni el timbre, ni los derechos, ni las penas que merezca.

Añadid, que no se sabe de qué os sirven cuatrocientos mil hombres de ejército, como no sea para comerse cuatrocientos *millones*, y amedrentar á vuestros vecinos sin aseguráros á vosotros mismos.

Añadid, que cometeis el error de permitir litigar y defender sin la menor oposicion por vuestra parte, la doctrina monstruosa que podria, si vuestras pocas necesidades lo exigiesen, echar por tierra vuestro Fontainebleau, vuestro Louvre, vuestras Tullerías y hacer vender los cuadros y las estatuas de vuestros museos nacionales para recojer la plata que produjeran, mientras que el Papa, que está lejos de haber nacido, ni deber su existencia á las calles públicas ni á las barricadas, no podrá ni derribar el S. Pedro de Roma, ni vender á ningun judío los frescos de Rafael.

Añadid, que os han dado bastante dinero y que se han hecho grandes y considerables economias para poder colocar una piedra ó dos mas en las fangosas desigualdades del Carrousel, y para tratar con mas cuidado los bosques de la Corona.

Añadid, que es necesario decir á vuestros príncipes, que.....

Basta, MONSEÑOR, interrumpiria el Ministro, ¿y con qué derecho os mezclais asi en nuestros asuntos interiores y exteriores?

Y vos, Sr. Ministro, replicaria el nuncio,

¿con qué derecho os mezclais en los nuestros?

La leccion seria buena, pero no bastaria para corregirlos.

Estad siempre á la mira, amigos de Italia, y no olvideis este axioma.

Desgraciadas las naciones pequeñas que permiten pisar su suelo á un embajador ó un soldado!

Si el Papa hoy ó mañana comete una falta, si cae en algun error, si dá un paso hácia atrás, no busqueis al culpable en el Quirinal; no es allí donde ha de estar. Mirad primero hácia el Austria, despues hácia la Francia, y á la Francia y al Austria al mismo tiempo. Su doble influencia pesa del todo sobre Roma y sobre Italia, y los romanos y los italianos tendrán la cobardía de sufrirla, y nosotros seremos á nuestra vez bastante cobardes para consentirla, cuando esta fatal influencia se haga sentir, se vea, se palpe, se toque y se comprenda, sin denunciarla á las personas honradas de Italia, de Francia y de Alemania, que tienen ojos para ver, manos para tocar, oidos para escuchar, razon para comprender y corazon para indignarse!

No, venga lo que venga, haremos nuestro deber. Que los italianos hagan el suyo, y repitan con nosotros:

Desgracia das las naciones pequeñas que permiten pisar su suelo á un embajador ó un soldado!

Dejad, amigos, á todos esos grandes gobiernos; dejad que os digan y os repitan los unos, que si envian sus escuadras á vuestras costas no es para sublevarlas, ó á los otros si apostan sus batallones al lado de vuestras fronteras, no es

para invadirlas; que si juran, no es para vendederos, que si os abrazan, no es para ahogaros mejor, y que si os mandan descubrir vuestro pecho, no es para heriros con mas certeza! Dejad que os lo digan y que os lo repitan con su codicia, sus engañosas protestas, sus juramentos y sus promesas!

Yo os diré y os repetiré, que ni el Austria, ni la Prusia, ni la Francia (1), ni la Rusia, ah! sin duda no tienen necesidad ni de vuestros fusiles, ni de vuestro dinero, ni de vuestros himnos, ni de vuestras bendiciones; no os piden sino que no camineis, que no os movais, que no os fatiguis, que os acosteis á vuestro arbitrio sobre un lado ú otro, y que durmais tranquilos. Dormid, dormid, pues! el *far niente* tiene tantos encantos! el sueño del despotismo es tan dulce!

Si quereis despertaros, ellos quieren que sea entre sus rayos y entre sus relámpagos. He aqui lo que yo llamo intervencion, y lo que es en realidad.

Os digo y os repito que el Austria y la Francia, sin hablarse, sin comunicarse apenas, quieren instintivamente tener á la Italia en la doble servidumbre de la accion y del pensamiento.

Os digo y os repito, que acosado por la Francia y por el Austria, el Papa no está libre. No, el Papa no está libre, y si él os dice que lo está, yo no os aconsejaré que le digais que miente, pero no le creais.

(1) Cuando decimos la Francia nada mas, se entiende que queremos hablar de nuestros oficiales galos.

Os digo y os repito, que si el Papa llegase á faltar, las intrigas concertadas del Austria y de la Francia, tenderian á colocar sobre el trono de S. Pedro, un Papa retrógrado.

Desgracia de que Dios querrá librarle! Infelices entonces de los hijos mas nobles de Italia! Infelices de sus príncipes! Infeliz de su religion! Infeliz de su libertad!

Oh! vosotros, los gefes de Roma, de Turin y de Florencia, que deseais sinceramente la libertad de vuestros pueblos; y vosotros los pueblos de Florencia, de Turin y de Roma, que deseais decididamente ser libres, creedme, si quereis, á mi, ¡no los creais á ellos! No creais á ninguno; porque todos, reyes y ministros, os detestan de corazon, os amenazan y os devorarán sin compasion. Pero sobre todo, amigos míos, sobre todo, no os fieis, os lo ruego, de los que nos gobiernan en la actualidad á nosotros los franceses, y no digais que son inconsecuentes, si no veis que no van en vuestra ayuda y socorro, y que semejante conducta es incomprensible! Como, esto incomprensible? A quién lo decis? Me lo decis á mi? No hay nada mas claro ni mas inteligible. Como, nuestros ministros son inconsecuentes? No son, sino por el contrario, muy consecuentes con sus principios y sus intereses. Consecuentes con sus principios, porque son hombres de retroceso y no hombres de progreso. Consecuentes con sus intereses, porque sus intereses son de dos maneras, interiores y exteriores.

Por lo que concierne al interior, os suplico que presteis atencion á este dilema.

La Italia duerme en el sueño profundo y oscuro del despotismo; nuestros gobernantes dicen

á sus gobernados: Qué felices sois, oh, franceses! Y á pesar de esto no estais contentos! Mirad esa Italia tan atrasada y os condolereis de ella. Sois unos ingratos!

Pero una vez cambiada en libre la Italia, los gobernados de Francia dirán á sus gobernantes: Mirad esa Italia como progresa, y vosotros como retrogradais! Sois tan solo unos déspotas!

Pero nuestros actuales gobernantes, quieren mas que hablemos el primer language que el segundo; es decir, en otros términos, que quieren mas veros á vosotros los italianos esclavos, que libres. Nuestros gobernantes no son tan inconsecuentes, como vosotros deciais.

Por lo que atañe al exterior, nuestra política desmantelada, flota como un palo sobre el agua, y camina sin velas y sin brújula á donde el viento la lleva. Ayer navegábamos en el Océano con el inglés, hoy navegamos sobre el Rhin con el Austria. Mañana nadie sabe con quién, sobre qué aguas, ni hácia qué playa. Pero no es justo que naveguemos hácia alguna parte?

Descorramos la cortina. La Inglaterra no quiere ya prestarnos su apoyo; el Austria nos brinda con el suyo. Tiene cuatrocientos mil hombres en campaña, y la Italia solo puede ofrecernos alguno que otro regimiento con su milicia papal, archiducal y liberal. La cuenta está hecha.

Ya queremos esta milicia y no tenemos mas que hacer. Sostendremos al Austria, porque tiene un buen ejército, y por sus buenos proyectos. Viva pues, ¡viva por siempre la alianza austro-gala!

Os digo y os repito aun, amigos de Italia, que

en dando este glorioso victor, los que gobiernan la Francia en este momento, son consecuentes, muy consecuentes, con vosotros en el exterior y con nosotros interiormente.

Qué decis ahora? Me permitireis que os demuestre desde un punto de vista general el lugar en que os encontrais?

El águila austriaca, con sus garras preparadas, vuela desde la ciudadela de Ferrara á las fronteras de Módena y de Parma, y si se retira por un momento al hueco de su nido, es tan solo para premeditar su viaje. La Rusia despótica y herege os rehusa sus simpatias. La Prusia y la Holanda, os desprecian. La España y el Portugal, que se consumen en sus luchas internas, os miran con ojos espantados. La Inglaterra estiende sus alas, aproxima sus velas á vuestras costas, á lo largo de las cuales trata de buscar su presa, como el ave voraz de los mares; y la Francia os desdenna, se vuelve hácia el Rhin y espera que Viena disponga lo que París ha de hacer.

Vosotros no teneis mas que tres fuerzas que oponerles á su mala voluntad; union á sus intrigas, union á sus agresiones abiertas, union!

Pero citad, se nos dirá, actos recientes de intervencion y de mala fé!

Actos de intervencion! La Italia está llena y sembrada de ellos. No puede darse un paso, no puede mirarse hácia ninguna parte sin que entorpezcan los pies, y sin que tropiezen con ellos las miradas. Acaso las protestas, las recriminaciones, las amenazas, las quejas, las audiencias, las amonestaciones incesantes y monótonas del Austria en Roma, en Florencia, en Turin, á las cuales se unen, ó no se unen nuestros agentes,

no constituyen una buena y perfecta intervencion? Os creen aun tan necios, amigos mios, que os pagueis de palabras, y no saben que lo que está en su corazon, pasa á sus labios, á sus despachos y á sus actos?

Actos de intervencion! Y el golpe de mano dado en julio último contra el Papa? Que fue un aborto, es verdad, pero quién le habia concebido? Quién hubiera violentado á Pio IX? Quién le hubiera conducido á Nápoles? Quién le hubiera obligado á abdicar? Quién hubiera ahogado el gérmen de esta gloriosa restauracion de Roma y de Italia, que se hará á pesar vuestro? No eres tú, Austria, la que has preparado, montado, dirigido, cargado y encendido la máquina? No eres tú, Francia, tambien? De qué proviene que el tambor austriaco infunde en Ferrara el terror de la invasion? De qué proviene tambien que por una notable coincidencia, los buques franceses surcaban las aguas del Mediterráneo romano, no lejos de alli? Ah! esta emboscada terrestre y marítima, es otra cosa que una intervencion! Todo esto es fortuito! no pensabais en ello ni la una ni la otra; en nada malo pensabais, en nada absolutamente! Despues de haber errado el golpe, sois defensores constantes de la persona sagrada del Papa! Defensores constantes de la independencia de las naciones italianas! Defensores constantes, vosotros, los primogénitos de la Iglesia, y tú, católica Austria! y vosotros los hijos mas tiernos, mas sumisos, mas respetuosos y mas obedientes de Pio IX, ibais á encarcelarle! Dios mio! Quién trató de poner en duda vuestra inocencia, y el Papa menos que nadie? vosotros le hablabais, le escribiais y solo os falta

honestísimos cristianos, prosternaros de rodillas para pedirle su bendición!

Cómo? Nosotros queremos ayudar al Austria á engañar al Papa! Nosotros engañandoos, vais á decir. Es falso, es falso! Y yo digo: es cierto, es cierto!—No señores falso!—Si señor, es cierto!—Y bien, señores, quién nos ha de juzgar? La Italia.

Actos de intervencion! ¿Y la ocupacion de Ferrara?

Actos de intervencion! Y las circulares diplomáticas de nuestro ministerio francés á sus agentes de Roma, de Florencia y de Turin, ¿no tienen todas las señales de la intervencion oficial mas directa y patente (1)? «Señor embajador, advertireis al Papa, al gran duque, al Rey lo que os he prevenido sobre sus cualidades, sus defectos, su buen temperamento, su amable carácter, su régimen interior, sus actos, sus ministros, sus tribunales, su policía, sus municipalidades, sus consultas de Estado y el modo de valerse de ellas; sus tendencias, sus intenciones, su pasion por la religion católica, apostólica y romana, que le honra y que nos lisongea por muchas razones. Direis á su Santidad, á S. M. y á S. A., que no van mal por ahora, pero que debieran ir mejor aun; que no les impediremos obrar mas, pero que nos alegraríamos sobremanera de que obrasen menos; que si quedamos satisfechos de su conducta, si no alborotan demasiado y son niños dóciles y prudentes, les

(1) Véanse las circulares oficiales á los embajadores y agentes de Italia.

daremos, ó mejor dicho, les venderemos lo mas caro posible, algun sable de madera para que se diviertan!»

No, esto no es intervencion, y cuotidianamente el embajador de Wurtemberg, el encargado de Holanda, el enviado de Toscana, el nuncio del Papa y el cónsul de la ciudad libre de Amburgo, hacen sus representaciones al Ministro de Negocios extranjeros de S. M. el Rey de los franceses! Nos prometen tambien de parte de sus potencias, si es que somos prudentes, algun sable de madera para divertirnos! No, si Wurtemberg, Holanda, Toscana, Roma y Amburgo nos hablan un lenguaje semejante, el ministro francés no podrá decirles que intervienen en nuestros asuntos, y que se mezclan en lo que no les atañe! Esto no es intervencion, corriente; pero entonces, ¿qué otro nombre habremos de darle?

Y si son tales las impertinencias del lenguaje oficial, usado por los ministros de las grandes potencias para hablar con los príncipes de Italia; juzgad cuál será la amenidad de su estilo confidencial!

Actos de intervencion! ¿Y la entrada de los austriacos en Parma y en Módena, para ahogar, para comprimir con su mano de hierro, á los pueblos unidos de estos dos Estados?

Actos de intervencion? Y las matanzas de Milan! No, me equivoco, esto tiene mas de tirania que de intervencion, y los austriacos son milaneses, si los milaneses no son austriacos! No quiero que se me acuse de faltar á mi principio en el momento en que lo siento. Es muy importante este principio, milaneses, para bien

de vuestros caros hermanos. Estoy indignado, me estremezco, pero me contengo!

Y ahora, quereis que os citemos actos de mala voluntad!

Como llamais sino el silencio guardado sobre el Papa, sobre el gran duque de Toscana y sobre el rey del Piamonte, en el discurso de nuestra corona? No es la censura mas viva de estos tres soberanos y la señal mas evidente de la íntima alianza de nuestra córte con la córte de Austria, con el opresor de Venecia y de Milan, con el sostenedor de los príncipes de Parma y de Módena, con la mas alta inspiracion y la mas fiel espresion del absolutismo? Puede creerse que la Italia renaciente no se sentirá herida hasta lo íntimo de sus entrañas, por este insultante y premeditado desden del gabinete revolucionario de las Tullerias? Los ministros responsables de la corona se imaginan, por acaso, que el esplendor particular de los mas grandes soberanos de Europa no se ofusca como un pequeño luminar ante la gloria inmensa del regenerador de la Italia, y que el Papa no está mil veces mas alto que cualquier Scipion de Africa, que no sea Scipion el *africano*? Es menester que los gobiernos constitucionales, en los discursos de ostentacion y solemnidad que dirigen á sus pueblos, se acostumbren á pagar el homenaje público de su reconocimiento y respeto, á estos príncipes extraordinarios y predestinados del cielo, que hacen triunfar y amar la libertad.

Continuad austro-galos! Conociamos ya los ultrages de vuestras palabras y de vuestros actos; nos faltaba solo la injuria de vuestro silencio!

Príncipes y pueblos de la Italia! os habeis confiado los unos en los otros, con un notable abandono, y yo hago lo que hubiérais hecho vosotros mismos, no os distingo, os confundo. Vosotros no habeis querido perderos en el análisis sutil del poder, y habeis renunciado en particular á poseer en otros tiempos las condiciones fundamentales de vuestra sociedad y vuestro gobierno. Os habeis dicho: en este momento no somos ni reyes, ni pueblos, ni toscanos, ni romanos, ni pisanos, ni piemonteses, ni genoveses; no somos mas que un hombre, un solo hombre, levantémonos!

Gracias os sean dadas, y á vosotros tambien pueblos generosos y cristianos, porque, mientras en el resto de las demas naciones, los partidos se desprecian, se detestan, se calumnian, se amenazan, se ultrajan, y no esperan ni solicitar del cielo en las plegarias que le dirijen, sino tan solo una ocasion de desgarrarse mutuamente; vosotros, por el contrario, habeis dejado aparte vuestras diferencias religiosas; habeis renunciado á vuestros vivos rencores de raza, de territorio y de familia; os habeis arrojado unos en brazos de otros, y habeis jurado combatir unidos y morir como hermanos, por el bien de la Italia, de vuestra madre, siempre libre, siempre santa, siempre adorada!

Cuando el soplo del aquilon se siente en un bosque, los árboles todos tiemblan desde la copa á la raiz, y las gigantescas encinas son las primeras en bajar su cabeza. Asi vosotros, pueblos y reyes, os habeis estremecido todos; todos os habeis agitado con el soplo de la independencia italiana. El mismo Dios os impulsaba. El mismo Dios, creedlo, se comunicaba con vuestras ideas;

porque no hubo nunca ejemplo semejante entre las naciones, de tan grande inteligencia política, tan perfecta y espontánea union de todas las almas y de todos los corazones.

Si, solo la union será vuestra fuerza. Asi, generosos italianos de todas las clases que en Roma, en Génova, en Niza, en Turin, en Bolonia, en Ferrara, en Ancona, en Rávena, en Chambery, en Pisa, en Luca, en Florencia, en Siena, en Liorina, en todas partes, sea de hecho, sea de escrito, sea de palabra, habeis defendido públicamente la causa de la regeneracion italiana; si titubeais un momento, si retrocedeis, si vuestro corazon desfallece, si vuestra mano tiembla, si rompeis vuestro lazo, no os engaños, de hecho sois perdidos! Y qué! ignorais acaso, que vuestros nombres estan inscriptos en las tablas de proscricion de los absolutistas de vuestro pais y de los Syllas oficiales del Austria y de Francia? Si se trata de vuestras nacionalidades, se trata tambien de interés personal!

Hablemos francamente: sobre qué descansa, amigos mios, vuestra hermosa, pero frágil regeneracion? Sobre arena movediza, sobre una nube que atraviesa el cielo y que desaparece; sobre la sola voluntad de un hombre, sobre un soplo de existencia, sobre la cabeza de Pio IX, sobre nada!

La vida de Italia está sostenida por el corazon del Papa. Pero por cuanto tiempo podrá continuar sosteniéndola este corazon heróico? Qué sabeis vosotros? Os lo ha dicho Dios? No os agarreis pues á un cabello de la cabeza de un hombre, sino á la cadena de vuestra consistente union!

Cómo? Naciones civilizadas, sereis capaces de

no hacer mas que lo que hacen los árabes del desierto?

La lucha intrépida, emprendida y sostenida durante quince años por Abd-el-Kader contra la nacion mas guerrera y el ejército mas valiente de Europa, sin cañones, sin infanteria regular, sin estados mayores, sin el bronce atronador y mortífero de la artilleria, debe haceros comprender, amigos míos, los sublimes esfuerzos que un solo hombre puede sacar del amor por su religion, su pais y su libertad. Y vosotros no teneis tambien una religion, una patria y una libertad! Y si el nombre de Abd-el-Kader ha de figurar solo en la historia, sin que se desdeñe mencionar el de sus vencedores, no quereis, tambien vosotros príncipes y pueblos de la península, que la posteridad diga de vosotros: «Han idolatrado á la Italia, la han defendido, la han vengado.»

Y á vosotros, príncipes, no os separo de vuestros pueblos en mis exhortaciones, porque respirais la misma atmósfera. En otras partes hay reyes que no tienen lo que prometen, y vosotros habeis querido que la concesion se haga antes que la solicitud, y que el hecho preceda al derecho.

Que jamás uno de vosotros, pueblos y príncipes, suelte esta espresion cobarde: «Quién nos salvará?» Quién os salvará, amigos? Vosotros mismos!

No siendo asi, dónde pensais encontrar vuestros salvadores y vuestros modelos?

Acaso en la Inglaterra que condena á sus obreros á gastar su vida con el exceso del trabajo, y á morir de cansancio bajo la rueda que su trémula mano no tiene fuerzas para mover?

Acaso en la Rusia, que sume á sus aldeanos

en la profunda noche de las minas? En la Prusia, que los unce á su arado? En el Austria, que los apalea con el baston que un sargento lleva pendiente de su cintura?

Tampoco quereis, sin duda, imitar la turbulencia y bajeza de nuestra conducta, parecida á la de los criados, que se disputan los restos de la mesa de sus señores.

No, amigos míos, vuestra sangre no tubo nunca el color de la sangre del esclavo! Erais libres de alma y de cuerpo, y floreciais en verdes repúblicas cuando vuestros padres gemian como siervos, bajo el degradante yugo del feudalismo.

No os reiais alguna vez de nosotros, al oirnos hablar continuamente de nuestra revolucion, de su grandor y de nuestros goces, y no nos parecemos á aquellos romanos libertos, que poco seguros de la emancipacion de sus dueños, llevaban sin cesar la mano á su gorro de libertad?

No admirais tambien esa presuncion esencialmente francesa, de querer imponeros nuestro ejemplo, y que es oportuno el momento para ello? En el dia teneis creencias, y muy luego vais á tener principios, mientras que nosotros nunca hemos tenido principios, y vamos á dejar muy luego de tener creencias, aun aquellas mismas de probidad, de honor y de patria!

Mientras que nosotros cargamos con pólvora nuestros cañones, mientras alborotamos mucho y gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones: adelante, marchemos! adelante, marchemos! sin movernos un punto, vosotros, al contrario, amigos de Italia, encontrareis el camino inesperado en el que ya habeis entrado! Si, habeis andado mas camino en menos de un año,

que nuestros treinta y seis directores, cónsules, emperadores y reyes en medio siglo, y habrá ya mucho tiempo que vuestros retrasados italianos están en posesion de la libertad positiva; cuando nosotros estaremos todavía, nosotros, hombres de progreso, sin práctica y de palabras sin efecto, batiéndonos sobre la teoría.

Príncipes de Italia, no os arrepintais del generoso movimiento que os impulsa! Es hermoso ver á sus plantas y casi en sus brazos, cien mil personas, mugeres, niños, viejos, hombres de todas clases, al pueblo sobre todo, que se presenta á animaros, que os aclama, que os dá gracias llorando de alegría, de ternura y de esperanza. Seguid; nosotros conocemos quien compraría esta dicha de un minuto, á precio de una provincia y de un año de su vida! Príncipes de Italia, objeto de tantas adoraciones sinceras y repetidas, seriais bien miserables si resistieseis á semejantes efusiones; seriais bien ingratos si no estuvieseis muy agradecidos; seriais bien cobardes, si no defendieseis á un pueblo tan noble hasta derramar la última gota de sangre!

No, vosotros no sereis ni miserables ni ingratos, ni cobardes. No hareis esas indignas farsas de las que se han dado entre nosotros tantas representaciones á *beneficio*. Si llevais espada, advertid que no está delante, sino atrás vuestro broquel. No comenceis atacando á los otros para protestar en seguida que no haceis mas que defenderos. Limitaos á defenderos de los que empiecen por atacaros. He aqui vuestro lugar en la guerra que la razon autoriza, que la religion bendice, y que puede aprobar la conciencia del género humano!

No olvidéis, príncipes de Italia, que defendiendo vuestros pueblos, os defendéis á vosotros mismos; porque vosotros habeis humedecido vuestros dedos y vuestros lábios en la copa de la libertad. No es tiempo ya de enjugarlos ni de secarlos al fuego para que la mancha desaparezca. No hay ya lugar á retroceder; el Rubicon está franco, y á la menor cosa que hagais habreis arrostrado el resentimiento inexorable de vuestros compañeros de reinado.

Pero no, no debeis temer su cólera sino en el caso de arrepentiros de vuestros beneficios. Vuestra situacion no es pues admirable? No teneis para vosotros dos, bien pronto para vosotros cuatro, espero que para vosotros cinco, y puede ser que acaso para vosotros seis, límites de Estado á Estado, en debate y contestacion del interior? Vuestros confines respectivos están igualmente fuera, sin disputa, de lado de las grandes Potencias.

No os dejareis tambien sorprender por la ilusion de un solo y único imperio: yo insisto y repito, que desde que no haya intervencion ni ofensiva ni oficiosa, quién sostiene en Italia la causa de un solo rey, un solo gobierno y un solo Estado? Qué añadiréis al bienestar, á la seguridad de cada pueblo, y á qué conviene arrojarse en brazos de estas cuestiones irritantes y vanas?

Hubierais podido, amigos de Italia, luchar contra el despotismo y conquistar vuestras libertades con un gobierno unitario, vigorosamente constituido y armado, erizado por todas partes como el nuestro de navios, de soldados, de esbirros, de tribunales, de gendarmes, de cañones y de cárceles, y que ha llevado á punto de ata-

que las fuerzas comprensivas de su centralización?

Es de este modo como hubierais podido concluir vuestra reforma de una manera progresiva, pacífica, inocente, pura de todo exceso, sin obstáculo, sin resistencia y sin efusion de sangre? Los espíritus nobles de la Inglaterra, de la Francia y de Alemania que, por el amor de la guerra, por el ódio del papismo, por imitación de su régimen ó por otra cualquier aprension, os impulsen violentamente y á mano armada hácia la unidad peninsular, no conocen ni vuestra geografia, ni vuestras necesidades, ni vuestras costumbres, ni vuestra política, ni vuestras municipalidades ni vuestro genio. Dejad á las inclinaciones de los pueblos reconocerse, acercarse, amalgamarse y unirse; dejad que las agregaciones de territorio se dispongan y se asimilen ellas mismas, pacífica y lentamente, y no violentéis la naturaleza.

Si, dejad, príncipes de Italia, dejad á esos que se llaman los grandes reyes y los grandes pueblos, todos estos desvaríos de una ambicion insaciable que á nada pueden conducir. Nuestros pueblos os han dado egemplo de generosidad, de dulzura y de caridad social, fraternizando con sus vecinos, á pesar de las enemistades y las preocupaciones añejas. De qué te servirá á ti, Roma, engrandecerte, á espensas de Florencia, y á ti Florencia á espensas de Turin? No posee cada una de vosotras un territorio para gobernarse, y sobrados pueblos para hacerlos dichosos? He aqui la sola rivalidad que puede existir entre vosotros.

Pero sino admitimos supremacía real entre

príncipes iguales, porque reusaríais la supremacía del Papa, supremacía nominal puramente, aceptada de muy atrás, y que sería proclamada únicamente por vosotros si se pusiese á votación?

No hablo del reconocimiento que le debéis; porque ha salvado ya dos veces la Italia en Roma y en Ferrara. En Roma dando el primero el grito de vuestra independencia nacional que ha sembrado la turbación en el alma de nuestros tudescos; en Ferrara deteniendo á los austriacos sin cañones, y sin soldados por el solo ascendiente de su poder moral y religioso.

No hablo aquí sino de la alta conveniencia, de la ventaja de la medida.

Por qué el Papa no ha de ser vuestro padre espiritual y venerado, vuestro gefe visible, voluntario, inofensivo, el lazo moral y providencial de vuestra confederación, el mediador neto de vuestras diferencias, el órgano de vuestras reclamaciones, el presidente de vuestra asamblea, y vuestro pacífico representante, si es necesario, acerca de otras potencias?

Por no haber encontrado la inesperada dicha de un lazo igual, todas las demas confederaciones antiguas y modernas, la liga Aquea, las repúblicas meridionales del Nuevo-Mundo, y los Cantones suizos, han tenido tanto trabajo en sostenerse y han visto tan á menudo alterarse sus relaciones, modificarse su constitución, multiplicarse sus embarazos, debilitarse su energía, acrecentarse sus obstáculos, romperse su armonía y disolverse su unidad.

Gracias, por el contrario, á esta feliz circunstancia, á este apostolado político, á esta alta y

pacífica intercesion, la confederacion italiana estará tan compacta en el espíritu que la anima en sus movimientos, y constituirá un lazo de armonia y de paz para los Estados interiores, asi como una liga de viva fuerza para todos los Estados reunidos con el objeto de la intervencion exterior.

El principio de la no intervencion es favorable para todo el mundo, tanto para las grandes como para las pequeñas potencias.

Si cierra el puerto de Civita-Vecchia á nuestra escuadra, cierra tambien el camino de Suiza á las armas extranjeras.

Garantiza los Estados y los pueblos vecinos contra sus ataques respectivos.

Deja á cada nacion el derecho de redactar, metodizar y acomodar su constitucion y sus asuntos.

Se opone á que la minoria de un pais llame en su auxilio á otro pais liberal, oligárgico, teocrático ó despótico; principio de orden sin el cual cada Estado estaria en una perpétua anarquia, y cada ciudadano en constante lucha contra todo gobierno posible.

El desposee á cada príncipe de toda clase de ambicion, y le deja lleno de seguridad, entregarse completamente al cuidado de su Estado. Si satisface á su nacion, gobierna tranquilamente; si la descontenta sucumbe. Qué cosa mas justa? A quién ha dado Dios el dominio de las sociedades? A la mayoría de los hombres, que con los mismos títulos, son todos hijos suyos. La soberanía del pueblo no es otra cosa mas que esto.

La no intervencion favorecerá la asimilacion insensible de instituciones representativas y la

fusion de los intereses aduaneros, comerciales y monetarios de todos los miembros de la gran familia italiana: ella produce la unidad en la variedad, y saca de la individualidad la fuerza colectiva de todos.

Ved esta Albion que atemoriza al mundo con los golpes de su tridente, y que tiembla á su vez de que vengan á conmoverla hasta en sus cimientos. Qué lástima y que leccion! el famoso capitan, el Marte inglés Wellington, está próximo á espirar, menos de vegez que de sentimiento, preguntándose si su querida isla Británica será invadida pronto! Es ciertamente penoso tener durante medio siglo, acumulados en su redor tantos montones de oro, de carniceria y de ruina! Y hoy he aqui que su mano trémula quiere coronar la costa de Inglaterra de fuertes, de cañones y de soldados! Gastos infructuosos! precauciones estúpidas! Haced entrar en todos los espíritus y en todos los corazones, en las costumbres, en las leyes, en los tratados y en el derecho público de la Europa, el principio universal de la no intervencion, y para elevaros como un faro luminoso en medio de los mares, no os costará tanto, no os costará nada!

Este gran principio de la no intervencion, lo presiento, será el signo mas palpable, el mas glorioso de la civilizacion moderna. Será la nueva fórmula del derecho de gentes; el pondrá fin de un solo golpe á los ejércitos permanentes, á las guerras y al despotismo: triple monstruosidad.

Pero la garantia de la no intervencion, dónde está? Y el medio de hacerla respetar, quién le facilitará?

Oh! consumados políticos, esta garantia vendrá; estad seguros de ello, despues del principio. Pero reconocereis entonces el principio? Le reconocereis? respondió.

Tambien los pueblos responderán por vosotros, y os responderán de corazon; oigo ya su voz y sus clamoreos.

Y, oyéndolos, príncipes y gefes de Italia, me dirijo á vosotros; vosotros á quien adormece quizá la adulacion acaso de un enemigo, no os dejeis conducir al borde de un abismo, en medio de vuestros placeres! Los grandes reyes os miran, y en la turbacion de su conciencia, en la ansiedad de sus pensamientos, en el estupor de su asombro, no saben que hacer.

Anticipaos á ellos, y vueltos los ojos hácia ese cielo de que la libertad ha descendido, puesta la mano sobre el corazon de vuestros pueblos, haced á estos reyes, poco mas ó menos en estos términos, la declaracion de vuestras heróicas resoluciones:

«Nosotros nos contentamos con los reducidos
»Estados que la Providencia nos ha encomenda-
»do, y que no nos dolemos de su pequeñez, por-
»que ella nos permite consagrarnos mas estre-
»chamente á la felicidad de nuestros pueblos.
»Consideramos como legítimas é inalterables las
»fronteras de nuestros Estados, tanto para noso-
»tros como para el extranjero. Esto supuesto, ad-
»vertimos por la presente, á los embajadores y
»enviados de las grandes potencias de Europa,
»y declaramos á la faz del Mundo, por una par-
»te, que no queremos llevar nuestras armas
»mas allá de nuestros límites respectivos, ni in-
»vadir bajo pretesto alguno la mas pequeña por-

»cion del territorio extranjero; y por otro lado,
 »que no queremos ni esperamos permitir ni su-
 »frir que por el mismo estilo, bajo ningun pre-
 »testo, se invada el nuestro ni que tengamos
 »intervencion estraña, hostil ó favorable, casi tan
 »peligrosa de uno como de otro modo, y que re-
 »chazamos igualmente.

»Y, en atencion á que la Divina Providencia no
 »nos ha dado divididos el número y la fuerza,
 »nosotros debemos crearla, reuniéndonos, como
 »nos reunimos, en una confederacion comun, to-
 »dos los gobiernos y todos los pueblos de las
 »Italias que han entrado y que entraren en nues-
 »tra liga defensiva y sagrada.

»Declarando que miraremos las injurias y ofen-
 »sas recibidas por cualquiera de ellos como he-
 »chas á todos, y estamos prontos, reyes y súbd-
 »tos, grandes y pequeños, á rechazar con la
 »fuerza de las armas, á los invasores sean los
 »que sean, y á llamar al Dios de los ejércitos pa-
 »ra que proteja los débiles, que ampare el dere-
 »cho, que vengue la justicia y que castigue á
 »los tiranos.»

Que esta declaracion se fije sobre la puerta principal de las ciudades, de los palacios, de las iglesias y de los museos; que el sacerdote la lea desde lo alto del púlpito; que los niños la estudien en las escuelas, que los himnos las canten, que las trompetas la pregonen, que las Guardias Cívicas la escriban en sus órdenes del dia; que en cada parroquia haya un ejemplar, y que cada ciudadano, noble, sacerdote, soldado, magistrado, artista, sábio, artesano, operario, y hasta las mugeres, pongan en ella su firma; que se notifique á todos los embajadores, y que las

cien voces de la prensa la difunda por toda la Europa!

Y si todos estos reyes extranjeros, en el despecho de ver escapárseles su presa, rompen con vosotros sus relaciones diplomáticas y sus alianzas pérfidas y mentirosas, qué os importa?

No sois bastante ricos, bastante abundantes, bastante numerosos para burlaros de sus enfados, de sus entredichos, de sus represálias, y para vivir sin ellos?

No estais colmados, demasiado llenos de los dones mas ricos de la Providencia?

No teneis, en lugar de espesas nieblas que os envuelvan, ese cielo trasparente, esas noches estrelladas, ese manto azul coloreado de luz, que el mismo Dios ha estendido sobre vuestras cabezas?

No teneis para refrescaros, alimentaros y vestiros, vuestros feraces campos, vuestros aceites que os producen rios de oro, vuestros vinos generosos, vuestras sederías, vuestras lanas, vuestro arroz, los frutos de vuestros jardines, los rebaños de vuestras praderías y de vuestras montañas, y los peces de vuestros rios?

No teneis un pueblo de trabajadores graves y sensatos que no temen escribir en su bandera, con un espíritu admirable, estas palabras entrelazadas: *Viva la religion y la libertad!*

No teneis ademas ese espíritu comercial que formó aquellos memorables mercaderes que crearon emperadores sin querer serlo ellos; que conquistaron la Cerdeña, la Córcega, la Morea, la Yliria; que dominaron sin rivales el Mediterráneo y el Adriático, y de entre los cuales se levanta la estrella refulgente, que en el seno del Océano, so-

bre las carabelas de Cristóbal Colon condujo á los europeos al descubrimiento del nuevo mundo? Pasad, amigos míos, sin todos estos reyes y sin toda esta sociedad, y lo podreis hacer! Haced un camino de hierro desde Liorna á Ancona, otro desde Turin á Nápoles, por Florencia y Roma, y circulad por esta larga arteria la vida agrícola é industrial de vuestras provincias interiores y litorales.

En política, pudieran ofreceros modelos de grandes gobernantes? Los unos son absolutos, y viven del despotismo; los otros son constitucionales, y viven mas bien del miedo que tienen que del miedo que infunden. Nacidos los unos de una usurpacion, los otros de una casualidad, estos de una preocupacion, ningunos de un principio: qué teneis, pues, que envidiarles, que pedirles, ni que temerles en nada?

En las ciencias, en las letras, la historia, la filosofia, la poesia, las bellas artes que tenemos nosotros, galos y bretones, qué os haya faltado á vosotros?

Quién pronunciará en nuestras cámaras insípidas, discursos como los que salieron de los labios elocuentes que aterrorizaban á Verres y á Catilina?

No, todo cuanto tenemos los pueblos del Septentrion y del Occidente os lo debemos; nosotros no hemos sido mas que los imitadores de vuestros padres, el eco de su voz elocuente, los pálidos reflejos de los soles que os alumbraron! Sin Horacio, quién hubiera hecho resonar entre vosotros los acentos de la poesia lírica? La tierra fecunda en que se meció la cuna del Dante y de Virgilio, no está mas cercana que la nuestra de la isla en

que nació el divino Homero? Qué pintor esclavo ó flamenco grabará sobre nuestros muros los frescos sublimes de Rafael? Quién levantará otra cúpula de San Pedro? Quién elevará en otra capilla Sixtina las colosales figuras de Miguel Angel?

Solo tengo una cosa que deciros, si es que desfalieceis, para haceros recobrar vuestro valor, y para volveros, si acaso la perdiéseis, vuestra propia dignidad. Os acordais que los antecesores de estos reyes tan soberbios é imperiosos, se cubrian con pieles de lobo en los bosques de la Gاليا y la Germania, cuando vosotros erais señores del mundo, cuando sus soldados pasaban encadenados bajo vuestros arcos de triunfo, dignandoos enviarlos á ruego de sus embajadores, arrodillados delante de vosotros, á poder de algun esclavo manumitido para que los gobernase!

Despues de todo, cuando os veais molestados por los gobiernos que tan mal representan los intereses actuales y los destinos futuros del género humano, no os unireis para esto á todos los hombres generosos de Alemania, de Inglaterra y de Francia, que piensan en la libertad como vosotros en la independendencia, que os siguen con la vista, y que si ahora son vuestros amigos, mas tarde serán vuestros vengadores!

Lo que en la actualidad os hace falta son cuatro cosas, y helas aqui: una buena policia, una buena administracion, una buena legislacion, una buena representacion. El método, el órden, la estabilidad, vendrán despues; tambien necesitais hombres para gobernaros; no los teneis todavia, pero ya los tendreis luego. Lo que no os hace falta, lo que vosotros teneis, es corazon, es un conocimiento admirable de vuestra situacion,

es el grito unánime de una prensa que vijila noche y dia los caminos de vuestra nueva marcha; es el patriotismo de vuestros ancianos, es la bravura de vuestra juventud, es el llanto sensible de vuestros hijos y de vuestras esposas; es el amor sin limites de vuestra patria querida, es el deseo de morir antes, que veros separados, y antes de dejar de ser los soberanos, los señores de vuestras acciones, de vuestra conciencia y de vuestros destinos!

Por favor, amigos míos, os suplico que no os inquieteis por nuestros asuntos interiores en este momento al menos! Es cierto que cada uno de vosotros no lleva en la frente una corona; pero, no habeis, en poco tiempo, pasado á ser los señores de vuestros señores, y los gobernantes de vuestro gobierno? No, vosotros no reinais, ya lo veo; pero dominais en las emociones patrióticas de vuestras reuniones, de vuestras congratulaciones y de vuestras fiestas; en las resoluciones espontáneas de vuestra guardia cívica, en las poderosas inspiraciones de vuestra prensa.

No gobernareis algunas veces sino demasiado, permitidme que os lo diga. Yo sé bien que cuando la sociedad, despertada de su letargo, ha recibido una viva conmocion, que sus humores estan en movimiento, que su pulso late con mucha viveza, no puede recobrar de repente los hábitos de su vida normal; pero no es bueno, amigos míos, creedme, que sus irregularidades de temperamento se prolonguen; y no olvideis, os lo recomiendo, que las demostraciones bulliciosas y turbulentas son el triunfo de la anarquia; que la paz es el mayor de los bienes, que el órden es la mas preciosa de las libertades, que el deber es

inseparable del derecho, y que la inmediata obediencia al mandato de la ley sin resistencia y sin réplica, es la felicidad de la república y la virtud del ciudadano ().

Pero si desde hoy, os gobernais, poco mas ó menos, con vuestros príncipes que os aman, los señores de vuestro interior, no sois aun suficientes, ni vuestros príncipes ni vosotros para la seguridad de vuestro territorio; no estais aun, ni vuestros príncipes ni vosotros en posesion de

(1) Me he tomado la libertad de dar estos consejos de prudencia á las poblaciones, especialmente de Génova, de Liorna y de Roma, porque no sé lo que debe dominar mas en el ciudadano, si el amor á la libertad ó el amor al orden; y porque creo que los gobiernos no deben crearse nunca de los motines ni para los motines.

Pero es menester decir por lo tanto, que las demostraciones populares de estos países, son mas bien que otra cosa paseos, espectáculos de la multitud, emociones al aire libre, y que no tienen nunca un carácter sedicioso, criminal ó sangriento al menos hasta aqui. El pueblo de Roma es naturalmente grave, sensato, comedido, y el de Florencia, tan inofensivo y tan dulce, que se ha podido abolir en él la pena de muerte sin el menor inconveniente.

Es menester convenir en que no se sabe bien aun, qué poder concede la ley, ni si tiene el derecho de concederlo, y lo que es mas, ni aun lo que la misma ley es en sí.

Tanto los pueblos como los gobiernos necesitan aun aprender, entenderse y organizarse.

vuestra independencia exterior; ahí está el peligro de que teneis que huir y á que teneis que acudir; á vuestras armas, á vuestras fronteras, á vuestros enemigos!

Valor, pues, italianos, valor! Dejad á las grandes potencias estraviadas lejos del camino de la civilizacion, maldecidas por el cielo, odiosas al género humano, pedir hombres y dinero con el estupor de un bruto. Dejad á la Inglaterra escoger sus marineros en las calles de Lóndres y pasear sus navios de tres puentes por todos los mares del globo. Ah! desgraciados, los gastos infructuosos que haceis en cañones para espantar los tiburones y las bandadas de delfines, podria alimentar á los niños estenuados y hambrientos de vuestras fábricas! Dejad á la Prusia, á la Rusia y al Austria, cada una á cual mas insensata, aisladamente, y cuyo conjunto es tan bárbaro, arrebatat los artistas á sus estudios, los obreros á sus talleres, á sus arados; los hijos indigentes á sus madres, para llevarlos á ejercer la mas degradante de las profesiones, y á luchar con la fiebre sobre el miserable lecho de un hospital, ó á que el escalpelo de un cirujano diseque sus cadáveres en el departamento de los muertos! Ay! desgraciados, que no esceptuais al menos los pobres, y que no haceis llevar la mochila ni la cartuchera á los ricos, porque son hijos, sobrinos ó hermanos vuestros? Pero que, la mayor parte de los reyes, jefes y súbditos de estas naciones tienen principios? tienen religion? tienen moral? Qué, la ambicion, el orgullo, la concupiscencia y egoismo, no tienen hace ya mucho tiempo, apagado en ellos el respeto á la dignidad y libertad del hombre?

Pueblos y príncipes coligados de Italia, vosotros no teneis nada de comun, lo digo en honra vuestra, con esta gente, que con respecto á la justicia internacional, nada han olvidado, ni nada han aprendido desde que salieron de sus cavernas y de sus bosques. Vosotros no quereis como ellos atacar; solo deseais defenderos. Es preciso colocar la cuestion en estos términos precisos. En defensiva es como debemos recibirlos firme y vigorosamente, y como conviene á hombres de corazon!

Y despues que los bárbaros, tales como vuestros padres los llamaban entonces, y como vosotros podeis llamarlos todavia, hayan pisado el suelo italiano, no son tan solo vuestras tropas de línea las que deben hacerles frente, no son tan solo vuestras escuadras las que deben de salir aparejadas del puerto; no es tan solo la artilleria de vuestros fuertes la que debe disparar; no es solamente vuestra guardia cívica la que debe formar sus batallones; es la Italia entera la que debe levantarse en masa como una sola nacion, como una sola ciudad, como una sola aldea, como una sola familia, como un solo hombre!

Dejadlos entrar; tanto mejor, cuanto mas adelante pasen con sus imbéciles y feroces soldados!

En fin, helos aqui que se presentan á vuestros golpes! Corre, ármate, valerosa juventud! Vuestros padres os exhortan á ello, vuestras madres os bendicen, y Dios os proteje! No deis mas que un solo grito: Italia! Italia! y que de los Alpes al Apenino, este grito de vida para vosotros y de muerte para ellos, retumbe como el trueno! Que cada artesano y cada obrero se trasformen en un guardia nacional, y que cada guardia nacional sea

un guerrillero! Que cada caja sea para vosotros un tambor, cada pedazo de hierro un machete, cada baston una maza, cada ventana un mortero! Que de cada matorral salga un cañonazo, que el agua que mane cada fuente esté emponzoñada; que cada garganta de las de vuestras montañas sea el eco de vuestras invocaciones, y de los gemidos ahogados de su agonía! Nada de tréguas, nada de indulgencia, todo está permitido contra los tiranos. Subid á vuestros campanarios, y que suene la hora de esterminio y muerte para esos miserables! Acosadlos dia y noche como bestias feroces! Acometedlos cara á cara con vuestra encorbada cuchilla! Apoderaos de sus bayonetas, clavad sus cañones, y morid en el caso de que no los podais matar! Con el hacha en una mano y la tea en la otra, abrios camino por entre ellos; incendiad sus campos, turbad su sueño! De cualquier nacion que sean, de cualquier pais que vengan, gefes y soldados, que no salga uno solo, que no quede uno solo, y que la Italia sea vengada!

un guerrillero! Que cada caja sea para vosotros
 un tambor, cada pedazo de hierro un machete,
 cada baston una maza, cada ventana un mortero!
 Que de cada material salga un cañonazo, que el
 agua que llame cada fuente esté empuñada;
 que cada columna de las de vuestras montañas
 sea el eco de vuestras invocaciones, y de los re-
 midos de vuestras alas agonial. Nada de tréguas,
 nada de indulgencia, todo está permitido contra
 los tiranos. Soldados, nuestros compañeros, y que
 según la hora de estornino y muerte para esos
 miserables! Acordados día y noche como bestias
 feroces! Acometedlos cara a cara con vuestra en-
 corchada orgullal. Apoderados de sus bayonetas,
 clavad sus cañones, y merid en el caso de que no
 los podais matar! Con el pecho en una mano y la
 tea en la otra, abrid camino por entre ellos; in-
 cendiad sus campos, turbad su sueño! De cual-
 quier nacion que sean, de cualquier pais que ven-
 gan, gales y soldados, que no salga uno solo, que
 no quede uno solo, y que la tierra sea vengada!

